

ECOLOGISMO TOTALITARIO

No hay planeta para tanta gente que consume tanto y de modo tan ineficiente. No hay muchas opciones, pero están claras y según sea la neoestética política de quien lo propone: aumentar los precios según las consecuencias de la extracción de recursos y la socialización de sus residuos (liberales), decrecer económicamente normativamente según una economía planificada (izquierda) o reducir la cantidad de gente -de la demás gente-, según presiones internacionales (nacionalistas). A pesar de ellos, no es una u otra opción, sino todas a la vez: control de la natalidad a nivel internacional, prohibiciones y planificación, -que implican policía de todo tipo-, proximidad y contabilidad del Ciclo Completo de Transformación (Economía Circular). Solo hay un inconveniente, que ya avanzó Malthus hace siglos: los números, crecimiento exponencial en población, nivel de vida, consumo y complejidad, se gestionan con decrecimientos exponenciales de población, nivel de vida, consumo y complejidad. De nada vale comparar lo exponencial con lo proporcional. Multiplicar por 3 no es lo mismo elevar a 3. Ninguna medida que hable de porcentajes, está en el mismo lenguaje que la realidad. Sorry.

En el sistema democrático, ningún partido va a enunciar ninguna de las propuestas a las claras, pues no votaremos masivamente a quien nos proponga controles de nuestras decisiones y privacidad, policía, multas, denuncias anónimas entre vecinos, menor poder adquisitivo, menos producción de bienes, menos trabajo, menor salario, más ventajas para los ricos, imposiciones, conflictividad,... y entre todos, ellos y nosotros, nos hemos inventado una solución católica: penitencias y actos de constricción. Negacionismo de la realidad y de las matemáticas, afirmando que con porcentajes y cada uno voluntariamente, revertiremos la situación. Gestos, intenciones, declaraciones, sentimientos y respeto. Concienciación, reducir y reciclar proporcionalmente ante una situación exponencial. Dos Avemarías y un Padrenuestro. Se nos hunde el barco y nos dicen que cojamos un vaso cada uno y vayamos achicando agua, eso sí muy mentalizados, que con eso nos mantendremos a flote y si no, la culpa siempre será de otros de otra lengua, de las multinacionales o de los fachas. Lo saben, lo sabemos. Negacionismo de la realidad, mucho más allá de lo que los ecologistas acusan a los negacionistas de la teoría. Lo siento: los números no validan tanto buenismo.

Si cada uno de nosotros nos responsabilizáramos y separáramos las basuras, pusiéramos las bombillas de bajo consumo, bajáramos el termostato, nos desplazáramos en autobús o bicicleta cuando pudiéramos, compráramos en tiendas de comercio justo productos certificados, usáramos bolsas de papel, pusiéramos placas en el tejado, cambiáramos las ventanas, redujéramos la ingesta de carne y aumentáramos los productos de proximidad,... reduciríamos un porcentaje, que por alto que fuera, sería proporcional y seguiríamos consumiendo muchos más recursos que nuestros bisabuelos. Siendo el triple de población, no bastaría llegar a su nivel de consumo, sino que deberíamos dividir por tres y no llegaríamos a disponer de más de una muda de ropa interior, el coche sería un lujo como es hoy tener avión privado y sería imposible ir a trabajar a más de unos kilómetros de nuestra vivienda. Eso si hubiera trabajo, pues menos consumo, implica menos producción, menos servicios y más ineficiencia. La ilusión ecologista Cumbayá es que cada uno con su cepillo de dientes debe barrer su piso. Así y todo, hay servicios que no vemos y consumen: subir en ascensor, ir a la estudiar o al médico, conectarse a la red, ir en transporte público,... que deberían descontar el nivel tercermundista de vida al que deberíamos aspirar para un nivel de consumo similar al tercio del de nuestros bisabuelos, que no tenían tantos servicios colectivos. Votaremos a quien nos ofrezca culpables y gestos, pero hemos incrementado un 80% el consumo de agua, cuando un 80% está a favor de reducir el consumo de agua. Si nos preguntan, si nos sentimos observados, si nos autoengañamos, todos diremos que estamos por el Planeta, por la

Paz, por el Trabajo, por la Justicia Social, por la Intimidación, por la Ayuda al Tercer Mundo, también por pagar menos impuestos, por más jardines, por aumentar los salarios,... mentes adolescentes en cuerpos adultos.

Si contratáramos a un jardinero por horas o legislaturas, y aparece con sus instrumentos de manicura para cortar el césped y el seto, nos sentiríamos estafados. Las propuestas de manicura y maquillaje supuestamente ecologistas para obras mayores, que afectan a los cimientos y estructuras, son rabiosamente defendidas con el argumento de que es mejor algo que nada, y no, si ese algo impide hacer un mínimo lejos de lo necesario. Quien ponga en cuestión que la defenestración del diesel es insustancial por los catalizadores, o el efecto sobre las ballenas de la prospección petrolífera,... será declarado "ad hominem" como antiecológico, facha y demás. Las excusas, las tijerillas de uñas, son el problema, no el análisis técnico y económico de las ocurrencias buenistas. Para hacer una carretera se necesitan excavadoras, no palas y cubitos de playa. Si vemos a los constructores usarlos, les despediríamos, en cambio hacemos casos de cantos de sirenas de programas políticos que proponen ese nivel kitch de caricatura de la realidad.

No se trata solo de decrecer algo, es decrecer con urgencia y drásticamente hasta un nivel lo menos insostenible posible (la Segunda Ley de la Termodinámica, nos dice que no es posible la sostenibilidad perfecta. Exponencialmente, que es mucho menor que el de nuestros bisabuelos. El ecologismo papanata no sabe o no quiere hacer los números: nos vende que la concienciación y los gestos, la leves acciones de autocontrol, son suficientes. No hay que reducir el consumo un 30%, sino un 500%. Basta de autoengaño: no son compatibles democracia ni nacionalismo, ni entre sí, ni con el ecologismo. El control de la natalidad es mundial, no nacional: en Europa las tasas de natalidad van en el camino adecuado, pero de nada sirve si en los países menos desarrollados, no solo se compensa, sino que se incrementa, a la vez que se demandan trabajadores cualificados para compensar las pensiones, (nuestros bisabuelos no las tenían). El control de las emisiones contaminantes -el anhídrido carbónico es lo de menos- es mundial, no nacional: de nada sirve desplazar el Polo Químico de Huelva al norte de Marruecos, la basura a Bangla Desh, los aparatos a Liberia o las fábricas al Lejano Oriente. También es mundial el agotamiento de los recursos, -el petróleo es lo de menos, pues está bajo tierra muy concentrado-, no como las tierras raras, el oro,... que necesitan de procesos muy ineficientes para obtener pequeñas cantidades, al estar en bajas concentraciones. El ecologismo no es compatible con el nacionalismo por mucho que así nos lo quieran vender los econacionalistas, y desde luego al nivel que indican los números, no es voluntario, por lo que no es compatible con la voluntad ciudadana.

Tenemos que acompañar a la niña a sus clases de danza, a los padres al médico o ir a una boda en otra ciudad, ergo, nuestro deseo es necesidad, nuestra necesidad derecho y no permitiremos genéricamente, que no podamos ir en coche a satisfacer nuestros derechos, hacer regalos inútiles en el cumpleaños o comprar un móvil más caro que nuestro vecino. Para ser votados nos deben ayudar a autoengañarnos y hasta podemos aceptar penitencia. Las empresas no quieren decrecer, los ciudadanos tampoco, pues decrecer económicamente implica consumir menos, vía prohibiciones, normativas o vía precios. Mientras los econacionalistas de izquierda, se indignan con la globalización liberal, cuando desde el punto de vista del ecologismo, ambos pretenden lo mismo por dos vías complementarias: decrecer y contabilizar costes ocultos. Ninguna de las dos cosas tiene consecuencias deseables por los votantes. El papel lo soporta todo, pero las prohibiciones no son gratis: implican control, policía, denuncias, castigos,... un cambio de régimen al totalitarismo. Tampoco es gratis la contabilidad a ciclo completo de transformación, que introduce los costes ocultos y socializados en el precio de los bienes y servicios, lo

que tampoco será jamás votado en la envergadura necesaria. Todo ello sin que afecte a los ingresos de los estados, que se basan precisamente en el valor añadido de las transformaciones, que es en su mayor parte, trabajo.

El Ecologismo con números es necesariamente autoritario, pues los números cantan que cada uno con un vaso más grande o más gente con más vasos, incluso cubos, retrasará algo el hundimiento, tal vez lleguemos un poco más lejos, tanto más cuanto más seamos, más grandes sean los recipientes, mejor nos organicemos,... pero el futuro, como el mar, es inmenso y nos iremos a pique igual. Los números nos dicen que las tijeiritas, los cubos, los cepillos, los pinceles,... no son los medios para conseguir los fines. No sé si es peor seguir tocando en la orquesta o creerse que la brecha abierta, va a ser compensada en una cadena de cubos desde la sentina a la borda. Sólo queda decidir si pesará más la postura más prohibicionista -más controladora de la intimididad y por tanto más autoritaria- o más liberal -más discriminadora, pues siempre habrá quien pueda pagar-. No nos engañemos. ¿Hay una salida democrática por la concienciación? ¿Hay una salida nacionalista por el amor? No. Jaque: las políticas ecologistas realistas son autoritarias, discriminatorias y globales, pero si queremos democracia y nacionalismo, escaparemos del ecologismo con acedia, gestos, culpables y sedantes.

Un totalitarismo ecologista de izquierdas sería una pesadilla orwelliana; y un totalitarismo ecologista de derechas sería otra pesadilla, ambas globalizadas, en las que los pueblos serían meras unidades de gestión de economías bien planificadas, bien liberales. La historia y las matemáticas de los sistemas complejos, demuestran que la planificación del decrecimiento o de nuevas contabilidades, pueden ser un buen inicio y un mal desarrollo, pues la gestión de los recursos escasos, de la natalidad y de las consecuencias de las transformaciones, llegados a un nivel de complicación tal que el sistema deviene complejo -que nada tiene que ver con complicado-, debe ser autogestionado, es decir, gestionado por la forma más democrática que ha inventado el hombre: la ley de mercado y el dinero; en cuyo seno votamos tantas veces como decisiones económicas tomemos. Por si fuera poco, no es suficiente cambiar a estilos de vida mucho mas empobrecidos que los de nuestros bisabuelos, sino compensar los excesos y demografía actuales, los desajustes que crearemos y los conflictos que acarrearán.

El control de la natalidad se arregla pagando a los pobres, el decrecimiento se arregla pagando el control y pagando multas, -lo que lleva a la creación de privilegios de casta-, y la contabilidad circular se arregla incrementando los costes y accediendo pagando bienes y servicios, -lo que lleva a privilegios de clase-. Si a algo en contra están los que votan derechas e izquierdas, son contra los pobres y los cambios, (por mucho que gesticulemos con apoyo a los migrantes o progresía rancia, al final queremos que los pobres no nos invadan y los cambios de la realidad sean otros). Votamos por angustia freudiana, nunca a nadie que proponga pagar a los pobres y gestionar los cambios, sino a los que gestionan pobres y pagan cambios. Nos señalan la Luna y les miramos el dedo, proponiendo teorías sobre los cambios que deberían ser, como si fuera Lamarck el paradigma que venció a Darwin. El Planeta no está en peligro, sino nosotros en un hábitat planetario que cambia. Hábitat tecnológico, hábitat cultural, hábitat político, hábitat económico, hábitat natural,... para recuperar con urgencia un entorno natural sostenible, deberemos sacrificar libertades del entorno político y económico, pues por voluntad propia no queremos asumir las consecuencias sobre el estilo de vida, el trabajo, el bienestar, la solidaridad,... del decrecimiento, ni de la eficiencia. Sería deseable todo a la vez, pero al menos para los adultos, deseable no equivale a posible: el consumo responsable es pretender achicar la vía del Titanic con cucharitas y aunque pomposamente lo decoren con neolengua cumbayá, aclamando al conjunto de la sociedad

votando contra sus temores y deseos, a favor de los pobres y de los cambios, que a todos favorecen y ninguno, personalmente, desea.

Puestos a elegir y viendo cómo funciona el personal, -dejadez, excusas y culpables-, antes que aceptar que tal vez no podamos tener coche, vivir al ritmo que vivimos o comprar todos los aparatos que nos hacen creer que nos posicionan en el estatus social, votaremos a quien diga lo que queremos oír. Mentiras como las de que es posible ganar calidad de vida decreciendo, solidaridad cambiando a una contabilidad circular o controlar la natalidad mediante la degradación de la democracia, desplazándola de los ciudadanos a los pueblos. Si votamos al ecologismo, votamos totalitarismo y conflicto; si no, nos cargaremos el hábitat en el que vivimos y a medio plazo, habrá totalitarismo y conflicto. Jaque Mate, ante el que nos proponen hacer trampa y votar al ecologismo populista y nacionalista, con el que solo conseguiremos retrasar lo peor de ambas opciones. Es preferible brindar con champán y bailar con la orquesta, mientras se hunde el barco; que deslomarse achicando la brecha... tal vez haya que pensar como piensan los adultos.